



Comentarios sobre un *ensayo narrativo*¹

Jaime R. Colón Meléndez
Programa de Estudios Iberoamericanos
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Sometido: mayo, 2011

Aceptado: mayo, 2011

Fue en un pequeño tocadiscos portátil donde escuché por vez primera la voz, algo desafinada y chillona, de un intérprete que, con el paso del tiempo, pasaría a ocupar un lugar privilegiado en mis preferencias musicales y en muchas de mis más preciadas vivencias cotidianas. El intérprete al que aludo es Silvio Rodríguez y ese primer contacto con su música lo hizo posible (y hoy gustosamente se lo agradezco públicamente) Luis Rafael Rivera Rivera, que entró a mi vida como cuñado y se quedó como hermano. Mucho ha llovido desde aquellas fugaces sesiones musicales en pleno corazón de la cordillera; teníamos entonces: menos libras, más cabello y unas cuantas ilusiones que no siempre han logrado salir incólumes ante los vertiginosos vaivenes de la vida.

Pero no son las canciones de Silvio Rodríguez las que nos convocan en la mañana de hoy, sino un camaleónico texto de Luis Rafael que bien pudo haberse titulado **Los derrotados**, llegó tentativamente a llamarse **La grapa del juez Snyder** y debutó finalmente en público bajo el título **Cecil Snyder: entre Muñoz y Albizu**.

Sobre este texto cabría realizar una observación similar, hasta cierto punto, a la que hace algún tiempo hiciera Emir Rodríguez Monegal a propósito de **Tres tristes tigres**, de Guillermo Cabrera Infante: [*E*s posible admirar un libro por sus rasgos más superficiales, o aún por lo que no es.² Y es que, como el de Cabrera Infante, el texto sobre Cecil Snyder incorpora elementos procedentes de muy diversos registros culturales, que dificultan considerablemente cualquier esfuerzo clasificatorio. Esa riqueza textual permite acercamientos de diversa índole, que encierran el potencial de incrementar el disfrute de la

¹ Palabras leídas durante la presentación del libro de Luis Rafael Rivera, **Cecil Snyder: entre Muñoz y Albizu**, San Juan, Puerto Rico, Jurídica Editores, 2011, efectuada el 6 de mayo de 2011, en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo.

² Emir Rodríguez Monegal, *Estructura y significaciones de Tres tristes tigres*, **Sur**, no. 320, septiembre-octubre 1969, pp. 38-51.



lectura a medida que aumente la densidad alcanzada en el proceso de producción de sentido.

Permítaseme, entonces, sin pretensión alguna de hacerle plena justicia, sugerir posibles acercamientos a este *ensayo narrativo* (como ha preferido llamarlo el padre de la criatura), y mencionar, de paso, algunos de los frutos más jugosos que podrían recogerse a raíz de esos acercamientos.

Aunque el narrador se empeña insistentemente en aclarar que no estamos ante un texto de ficción, le haríamos escasa justicia a este esfuerzo literario si pasáramos por alto el exquisito manejo que se hace aquí de recursos narrativos que evocan momentos notables de la llamada *novela negra*. Uno de esos recursos es la anticipación parcial de situaciones que se desarrollarán plenamente más adelante en el relato. Se busca, así, despertar la curiosidad del lector e incentivarlo a continuar el recorrido, en un movimiento que promete premiar su perseverancia con el acceso a un tesoro atisbado fugazmente. Pero, sin entrar en mayores detalles, me apresuro a advertir que el acceso a uno, al menos, de esos tesoros nos será vedado a los lectores, en lo que a todas luces es uno más –el más audaz, quizá– de los guiños humorísticos que abundan en este texto concebido por la *mente traviesa de un jurista*.

También pueden encontrarse aquí esos ambientes de ambigüedad moral que tanto abundan en los relatos pertenecientes al género de la novela negra, donde las fronteras entre el bien y el mal a menudo son un tanto difusas, por no decir simplemente inexistentes. Nos adentramos, así, a un universo nada transparente en el que abundan perversos juegos de poder, estratégicas movidas inspiradas en motivaciones inconfesables y extrañas alianzas basadas en ambiciones desmedidas y odios viscerales.

No terminan ahí, sin embargo, las similitudes entre lo que aquí se narra y esa estela de textos pertenecientes al género inaugurado durante las primeras décadas del siglo XX por Dashiell Hammett y Raymond Chandler. Pese a todos los esfuerzos desplegados por el narrador para tornar más presentable la figura de Wanda Snyder, resulta casi inevitable asociar a este misterioso personaje con esas féminas –las llamadas *femmes fatales*– que en incontables novelas y películas terminan provocando toda clase de descalabros en las vidas de los hombres a los que han estado vinculadas. Nunca llega a despejarse del todo la incógnita de hasta qué punto fue esta mujer sin rostro la responsable directa o indirecta del desenlace que tuvo la trayectoria de su marido. Pero sí queda evidenciado con una buena dosis de dramatismo cuán devastadoras pueden llegar a ser las exigencias de una cultura



rabiosamente patriarcal, como la nuestra, sobre seres poco convencionales, con una sensibilidad diferente.

Se ha dicho, a mi juicio con mucha razón, que tampoco estamos, en rigor, ante una biografía novelada. Hay, no obstante, un claro empeño en arrojar luz sobre ese curioso personaje que, a una edad relativamente temprana, decide ligar su suerte a los vaivenes de este enclave tropical sometido a la tutela norteamericana. Gracias a ese empeño cobra forma ante la mirada intrigada de los lectores el drama existencial de un funcionario al que los contactos y el talento le abren inicialmente las puertas del éxito y que, años más tarde, advierte, angustiado, cómo lo va abandonando rápidamente la fortuna, entre otras razones, al parecer, por el hecho de haber venido al mundo en otras tierras. Tal vez sin proponérselo, esta exploración de la biografía de Cecil Snyder nos ha puesto en contacto con una temprana manifestación de esa xenofobia que de forma inquietante ha ido ganando terreno en nuestro país en los últimos años. Ameritaría, en cualquier caso, una consideración más detenida el hecho de que fuese un norteamericano quien inspirara esas reacciones xenófobas.

Es de agradecer, por otra parte, que el investigador *formado en la tradición política independentista* haya evitado conformarse con *enjuiciar al fiscal que llevó a la cárcel al líder nacionalista Pedro Albizu Campos* y haya puesto mucho esmero en rescatar del olvido a un ser humano –Cecil Snyder– lleno de matices y de una extraordinaria complejidad. De hecho, una de las virtudes indiscutibles del libro consiste en haberle dado amplia exposición a los documentos en los que se recogen los puntos de vista de Snyder.

Ha sido igualmente grande el esmero con el que, pacientemente, se ha reconstruido una parte muy significativa de la dinámica interna del aparato judicial puertorriqueño durante las décadas de 1930, 1940 y 1950, poniendo énfasis en el esclarecimiento de las estrategias adoptadas por el Estado para enfrentar en los tribunales el desafío representado por los comunistas y, sobre todo, los nacionalistas. Hay en esta tarea un gran valor historiográfico, pese a que no haya sido realizada por un historiador de oficio.

Pero no es esa falta de credenciales del investigador la que impide hablar en este caso de una empresa cabalmente historiográfica. Pese a que Luis Rafael resiste con bastante éxito la tentación de convertir a Snyder en un villano y trata, al mismo tiempo, de examinar con rigor los procesos históricos en los que éste intervino, no logra, en cambio (¿o será acaso que no quiere?), reubicar a los nacionalistas fuera de ese espacio mítico en el que a menudo han sido colocados.



El problema es, como ha observado Tzvetan Todorov en referencia a los perseguidos, encarcelados y a menudo exterminados por la dictadura argentina durante la década de 1970, que *no se puede comprender el destino de esas personas sin saber por qué ideal combatían ni de qué medios se servían.*³ No contribuye mucho a la comprensión histórica reducir a esas personas con las que nos identificamos al papel de víctimas pasivas a las que no es posible responsabilizar de acto alguno.

Me gustaría concluir mi intervención haciéndome eco de unas palabras del propio Todorov:

*Comprender al enemigo quiere decir también descubrir en qué nos parecemos a él. No hay que olvidar que la inmensa mayoría de los crímenes colectivos fueron cometidos en nombre del bien, la justicia y la felicidad para todos.*⁴

³ Tzvetan Todorov, *Un viaje a Argentina*, **El País**, 07/12/2010. http://www.elpais.com/articulo/opinion/viaje/Argentina/elpepiopi/20101207elpepiopi_11/Tes

⁴ Ibid.